

La relación peninsular en la antecámara de la guerra civil española (1931-1936)

Por HIPÓLITO DE LA TORRE GÓMEZ ¹. Mérida 1988, UNED, 199 págs.

Recensión de ANGELES EGIDO LEÓN

Hipólito de la Torre Gómez, profesor titular de H.^a Contemporánea de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, que ya había publicado *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal 1910-1919* (Espasa-Calpe, Madrid 1983, 387 páginas) y *Del peligro español a la amistad peninsular, España-Portugal 1919-1930* (UNED, Madrid 1984, 278 págs.), presenta ahora este nuevo libro que supone en principio la continuación del análisis de las relaciones peninsulares en el siglo xx, y, en cierto sentido, la culminación de un ciclo en la compleja dialéctica amor-odio que las ha caracterizado casi secularmente.

El libro, ameno y bien estructurado, va analizando acompasadamente la completa relación hispano-portuguesa a lo largo de las tres legislaturas republicanas. El estudio minucioso, pero a la vez ágil, permite al lector ir avanzando en la una vez más frustrada realidad de una relación bilateral que aunque cercana nunca ha sido fructífera.

Tal vez sea el período republicano uno de los más significativos para entender por qué esa amistad, tantas veces enunciada en los papeles, nunca llegó a cuajar en la praxis. No hay que olvidar que la proclamación

¹ Mérida, UNED, 1988, 199 págs.

de la República coincidió en Portugal con los primeros pero firmes pasos para el asentamiento del «Estado Nuevo» de la mano del dictador Salazar. En este contexto, la instalación de un régimen democrático en el vecino país, que además había ido precedido de propaganda federalista y críticas a las dictaduras, cayó en Portugal como una auténtica bomba, cerrando el interludio de paz peninsular que durante la dictadura primorriverista había casi conseguido zanjar los sempiternos recelos portugueses. El nuevo régimen aparecía, además, a la luz de los primeros informes recibidos en Lisboa de su embajada en Madrid, teñido de amenazantes propósito revolucionarios. Y, por último, su instalación coincidió con un momento especialmente comprometido para el Gobierno portugués, que tuvo que hacer frente al golpe insurreccional alentado desde Madeira.

No es extraño, pues, que tal cúmulo de circunstancias contribuyeran a acentuar la prevención, cuando no la franca hostilidad, ante el nuevo régimen instalado en Madrid, ni que el viejo temor al «peligro español» resucitase con todos sus epítetos.

Tales temores, por otra parte, se vieron casi confirmados cuando se comprobaron las facilidades otorgadas por los nuevos dirigentes a los conspiradores portugueses que hallaron en España un campo ideal de operaciones. El estudio de Hipólito de la Torre deja al descubierto las connivencias entre los disidentes lusos y destacados dirigentes republicanos, singularmente Azaña, que no dudó en apoyar, solapada pero eficazmente, a los enemigos políticos de Salazar, consistiendo no sólo la presencia y los movimientos de conspiradores portugueses a uno y a otro lado de la frontera, sino facilitándoles la consecución de armas a través de un empréstito que él mismo se arriesgó a negociar.

Ahora bien, a la amenaza real, probada por las facilidades concedidas a los conspiradores portugueses, que encontraron en España y en sus dirigentes durante el primer bienio republicano un firme y mal disimulado estímulo, se unía, como el autor no deja de subrayar, la rivalidad ideológica. Rivalidad que el régimen portugués no dudó en utilizar en su propio beneficio, identificando el peligro democrático con la amenaza nacional. Ahora bien, lo que en principio podría considerarse como mero ardid político, no deja de reflejar, a poco que se arañe la superficie, un temor sentido intensamente por Portugal, que las pretensiones federalistas de la República, evidentes en los primeros años, no contribuyeron precisamente a disipar.

¿Estaban justificadas las prevenciones de la Dictadura portuguesa? La contestación a esta pregunta revela la aguda capacidad de análisis del autor que separa, a nuestro modo de ver acertadamente, la perspectiva oficial, en tanto política de gobierno, de la perspectiva particular, en tanto política personal de algunos de sus miembros. La tentación iberista de Azaña queda desde luego al descubierto, pero también la de otros hombres, herederos como él del liberalismo democrático, que, conservaban la ilusión de una gran Iberia unida, de una u otra manera, que podría proyectarse en América y en el mundo. Hipótesis legítima, aunque a menudo ingenua, de la que no obstante el nacionalismo enfermizo de Portugal no podía dejar de hacerse eco.

En cualquier caso, este cúmulo de circunstancias, y cuando menos la falta de habilidad para capear la sensibilidad portuguesa, se tradujeron en un soterrado, pero latente, antagonismo de las relaciones peninsulares durante el primer bienio republicano. El acceso de las derechas al poder marcó, sin embargo, un cambio de perspectiva. Se abrió nuevamente un interludio de paz que cabe atribuir, además de a la aparentemente mayor afinidad ideológica, a las nuevas circunstancias del ambiente interno peninsular y de la política europea en general.

Con la República conservadora, subraya el autor, desaparecía el doble temor a la sombra revolucionaria de ibérica. No habrá ya propósitos de injerencia en los asuntos internos portugueses ni apoyo a los emigrados políticos. Lejos de ello, las nuevas autoridades republicanas pondrán especial celo en sus manifestaciones sobre el respeto a la independencia portuguesa e incluso irán más allá tratando de concluir un tratado de amistad y cooperación económico y político, que estuvo a punto de cuajar.

Signos inequívocos de esta nueva política de amistad peninsular fueron la visita a Lisboa del Ministro de Estado en funciones, Rocha, y las manifestaciones de confraternización peninsular con ocasión de las celebraciones colombinas de Huelva. También adquirieron este cariz las maniobras militares del verano del 34, a las que asistió como invitado el Jefe del Estado Mayor de Portugal, general Silva Basto, que escuchó, en boca del mismo Presidente de la República española, Alcalá-Zamora, palabras de amistad y respeto. El descubrimiento del asunto del «Turquesa» y el juicio que siguió, tras la revolución de Asturias, a los implicados en el contrabando de armas, entre los que se encontraba el propio Azaña, vinieron a culminar esta etapa de «desagravio» al vecino portugués.

Habrà también otro punto singular de confluencia. La inestable situación internacional, amenazada por la aventura etíope puesta en marcha por Mussolini, desató nuevamente los rumores sobre un posible reparto de las colonias portuguesas. El apoyo inmediato que en esta cuestión recibió Portugal de las autoridades españolas, singularmente del presidente de la República y el Ministro de Estado, Alejandro Lerroux, acercó lógicamente a las dos naciones peninsulares. Acercamiento que se manifestó de manera expresa en el marco ginebrino, culminó con la visita del Ministro de Negocios Extranjeros portugués, Armindo Monteiro, que se detuvo en Madrid de vuelta de Ginebra, y estuvo a punto de cuajar en la firma de sendos acuerdos económico y político que hubieran disipado de una vez por todas el sempiterno recelo portugués.

El nuevo cambio de gobierno en España dio al traste con tal loables propósitos. De hecho la pretendida entente peninsular, querida y buscada por España, nunca se abrió paso en Portugal con entera libertad. La parsimonia y escepticismo con que los portugueses observan las tentativas de su vecino no son sino la cobertura de esa inevitable desconfianza que Portugal nunca se decidió a abandonar. Amistad como medio de prevención, subraya el autor, sería la tónica de este período. Prevención contra el propio peligro español, nunca —obsesivamente— descartado; prevención ante la amenaza de reparto colonial, que en un ambiente de momentánea inoperancia del aliado británico, atenuado ahora por la aventura mussoliana, posibilitó un acercamiento temporal a España. Prevención, por último, en el esbozo de una convergencia neutralista peninsular, ante el temor de que el conflicto etíope se desbordase en una guerra general, en la que ni a españoles ni a portugueses se les había perdido nada.

En cualquier caso, la victoria electoral del Frente Popular vino a confirmar la oportunidad de la política portuguesa, que veía ahora resurgir, con mayor fuerza si cabe, los temores sentidos tan intensamente durante el bienio azañista. En primer lugar, el enfrentamiento político-ideológico era hora mucho más claro, teñido además de alcance internacional en un contexto prebélico cada vez más evidente. En segundo, aquella intencionalidad revolucionaria que se había supuesto desde Portugal a la República de 1931 había quedado probada desde octubre del 34. La vuelta de Azaña al poder, por último, no podía tener para Lisboa otro epíteto que las del enemigo declarado, máxime cuando se aliaba abiertamente ahora con las fuerzas extremistas, cuyo entendimiento con sus homónimos del otro lado de la frontera preocupaban especialmente al Gobierno portugués.

A pesar de los temores, ahora incrementados, la tónica de Lisboa fue especialmente prudente y al menos oficialmente se mantuvieron los tópicos de amistad y buenas intenciones, sostenidos en los mismos términos por el Gobierno de Madrid, en boca del propio Azaña, escarmentado sin duda de sus anteriores ilusiones. La designación de Sánchez Albornoz para la Embajada de Lisboa fue un indicio de esta nueva actitud encaminada a borrar cualquier posible suspicacia portuguesa. Inútil todo. La República se radicalizaba cada vez más y los disidentes políticos portugueses buscaron ahora con mayor razón amparo y apoyo para sus aspiraciones revolucionarias. En los días anteriores al pronunciamiento militar, la conspiración antisalazarista parecía revestir ya carácter de extrema gravedad.

Paralelamente, Lisboa ofrecía cobijo a los emigrados políticos españoles que convirtieron la capital portuguesa en centro crucial de operaciones para el anunciado alzamiento militar. En julio de 1936 Lisboa apostó por los insurgentes, con un mal disimulado suspiro de alivio.

La obra de Hipólito de la Torre constituye, pues, un elemento esencial para valorar el comportamiento portugués en el conflicto civil que enfrentaría a media España contra la otra media. En sus páginas se entiende la decisión portuguesa que, a la luz de los datos aportados, no podría ser otra que la que fue. El libro se cierra, finalmente, con un apéndice documental (fondos del Ministerio dos Negocios Estrangeiros portugués y del Ministerio de Asuntos Exteriores español) cuya acertada selección permite afirmar, sin temor a exagerar, que habla por sí mismo.